



CAPÍTULO XXXI

Consumatum...

PARECÍA el mal sin remedio; pero Payno, el gran expedientero, lo halló ó imaginó que lo hallaba. Él, Piña y Elguero, exponiéndose á los fuegos del Palacio, San Agustín y la Ciudadela, determinaron reunirse en la casa de Sánchez Navarro; pero, quién sabe por qué razones, mudaron de opinión y se juntaron en la casa de don José M. Lacunza, número 5 de la calle de Tiburcio.

Dos días duraron los diplomáticos imaginando que arreglaban aquel tremendo embolismo. En medio del terror y de la desolación que reinaban, aquellos hombres pensaban, discutían, arreglaban, quitaban y ponían artículos, y luego se sentaban tan ternes á una mesa bien servida á engullir manjares exquisitos y á charlar sobre lo mismo.

Pero no hubo arreglo ni podía haberlo; entre el agua y el aceite, entre lo blanco y lo negro, no hay componenda posible, y aunque Talleyrand y Metternich se propongan emulsionarlos y reunirlos, los elementos se separarán sin remedio.

Todo el mundo comprendía que más que mediaciones y arreglitos se necesitaba una lucha porfiada y larga, y que quien triunfara tras ella, sería quien tuviera la razón.

Comonfort había transportado sus habitaciones á la planta baja del Palacio, no, como han dicho algunos destructores sin conciencia, para escaparse en caso de un bombardeo, sino al contrario, para estar listo y poder ocurrir á todas partes.

Estaba impasible, seguro de la justicia de su causa y aguardando lo que viniera con tranquilidad de estoico, no con arrogancia de jaque ó con extremos de bravucón.

Pasadas las cuarenta y ocho horas del armisticio, que los tacubayistas habían empleado en aumentar y reforzar sus posiciones, se oyó de nuevo el cañón por el rumbo de la Ciudadela y el Paseo: continuó el fuego toda la noche, pero sin causar grandes daños.

A las doce, Comonfort me ordenó saliera á pie, en su compañía, para recorrer las líneas fortificadas. Casi todo estaba abandonado.

Castillo Velasco tenía por todo contingente disponible

veinte hombres de su batallón; García Torres contaba con otros tantos del suyo; Del Río esperaba gente de Tlalpam, pero no tenía rifles para armarla ni dinero para socorrerla; Revilla, que veía completo el cuerpo de su mando, había notado ya síntomas de alzamiento.

Las defecciones eran muchas: se había pasado al enemigo una compañía de carabineros que se hallaba en la Alameda; la caballería, situada en la plazuela de Guardiola, se había declarado por los otros, llevándose una pieza de á ocho, y había sido preciso hacer entrar al convento la gente que defendía el atrio de San Francisco, por temerse un pronunciamiento.

La Acordada y el Hospicio contaban con trescientos hombres escasos; la artillería se había tenido que replegar, por no haber quien la defendiera.

El jefe veía impasible todo esto, y no demostraba extrañeza ni enojo: ya contaba con las picardías de la mala mujer á quien llamamos suerte.

El veinte amaneció nublado, un si es no es lluvioso y triste. Las multitudes, que todo el mundo llama inconscientes no sé por qué, conocen, como los ratones de los navíos, los momentos de peligro mejor que los generales y peritos en el arte de hacer daño.

Lo primero que hería los ojos en aquella mañana memorable, era la multitud de gente que corría apresurada á proveerse de comestibles, aun antes de que sonara la

hora que señalaba el bando firmado por el licenciado don Vicente Riva Palacio, secretario del Ayuntamiento.

Pero nadie se hablaba, nadie se hacía confianzas, nadie comunicaba lo que temía. A las diez me envió el señor Comonfort con un recado para don Angel Trías, jefe de toda la línea de San Francisco. Le mandaba á decir que tenía noticia del ataque que intentaría el enemigo; pero que estaba dispuesto con fuerzas superiores para contrastar la acometida, pues á pesar de todas las defecciones y pillerías, contaba con cerca de tres mil hombres.

A las once en punto sonó un cañonazo que lanzó contra la Acordada y el Hospicio la batería situada en el Paseo Nuevo, puesta á cubierto con la estatua de Carlos IV. Al mismo tiempo tronaron las piezas de la Ciudadela, de San Diego, de San José, de la calle de San Juan, del edificio de las Hermanas de la Caridad, de la Concepción, de Santo Domingo y San Agustín, unas contra el Palacio y otras contra San Francisco, y las más contra el Hospicio y puntos cercanos.

Al sonar los primeros disparos, el señor Comonfort salió de su cuarto acompañado de varios hombres que portaban huacales, y él, el Presidente en persona, empezó á repartir á la tropa piezas de fruta.

Apenas iría á medias la operación, cuando oímos las cornetas de la Acordada asordando los aires en solicitud de auxilio.

— Pérez, me ordenó don Ignacio, vaya usted violentamente y diga que ya sale una columna.

Monté á caballo, y por Plateros y San Francisco llegué hasta el convento. Si ahora me dispusieran algo semejante á lo que en aquella vez me dispuso Comonfort, probablemente no lo haría ni por el estímulo de todo el oro del mundo, ni por el aguijón del honor, más poderoso siempre que el del dinero.

El camino estaba envuelto en humo, pero en humo tan denso, que impedía enterarse de los accidentes más notables del tránsito. Recuerdo que me guiaron una muestra que decía: *Bowier, callista de París*, un inmenso paletot pintado que estaba en la esquina que es hoy *La Sorpresa*, y el saliente de la capilla que ocupaba la que ahora se llama calle de Gante.

El cañoneo y la fusilería no cesaban un momento, viéndose, como inmensos relámpagos que atravesaban la atmósfera negrísima, las balas de obús y de rifle, que si las más veces desconchaban muros ó rompían vidrios, otras reventaban matando é hiriendo. Los puntos que estaban por el Gobierno, no se descuidaban en la tarea de contribuir á aumentar aquella tormenta siniestra, y los fuegos se cruzaban sin cesar.

Al comunicar á Trías la consigna que llevaba, me le encontré en el atrio de San Francisco, fumando un cigarrillo, sin más compañía que una *trigueña* repleta de

cognac, y tan indiferente á todo como si sólo sintiera llover y no tuviera temor de mojarse.

— ¡Hola, Peritos! ¿conque dice don Ignacio que nos sostengamos? Pues pásese á la Acordada, le dice su encargo á Balbontín y vuelve acá.

Haciendo de tripas corazón, me encaminé al punto atacado. Cuando llegaba á la esquina ví venir en dispersión á unos setenta soldados de á pie que aquí tiraban sus mochilas, allí caían bajo los tiros contrarios, más allá se ocultaban en los vanos de las puertas y en casi todas partes huían acobardados y temerosos.

La cosa no era para menos: del rumbo del paseo venían á paso veloz dos columnas, fuertes cada una de más de mil quinientos hombres, según se ha dicho después. Los fuegos de los nuestros se avivaron; los cañones, que ya habían sido restituidos á su sitio, empezaron á vomitar metralla, y los contrarios á hacer fuego valientemente. Un alemán, un tal Schoeck, vendedor de cosas de óptica, estaba de pie, repechado contra un punto entrante de la pared, mirándolo todo con ademán de quien contempla un espectáculo divertido. Al ver que yo me acercaba tratando de ponerme á salvo, pues al mismo tiempo me fusilaban los fuegos de San Francisco y los del Hospicio, me dijo el teutón en su media lengua:

— Son Mirramón y Osollos; se van á meter baco los fuecos de los del cobierno.

Y en efecto, las columnas avanzaban perdiendo mucha gente, pero seguras de salir adelante.

Todavía discutíamos don Augusto y yo cuando vimos



pasar junto á nosotros á un fraile de hábito azul, corriendo á toda prisa y lanzando al parecer gritos inarticulados, que no se podían escuchar en medio de aquel estruendo. Vimos llegar al padre hasta muy cerca de donde los combatientes se hallaban, accionar con las manos y segura-

mente desgañitarse; pero á poco tornó trastabillando, dando grandes pasos y accionando más desesperadamente que nunca. Al subir el escalón de la banquetta, cayó pesadamente, arrojando á borbotones sangre por boca y narices.

Violentamente me bajé del caballo y fuí á recoger á aquel desgraciado, que no era otro que el pobre padre Huerta, que en aquellos días había acabado de perder el poco juicio que le restaba.

Todavía le oí, aunque apagadas, frases como «un nuevo mandato os doy... que os améis los unos á los otros... según tu gran misericordia...»

A poco sentí que había expirado, pero sin hacer más extremo que un pajarillo que se hubiera ahogado en la mano. Sólo se conoció su vitalidad en el torrente inabable de sangre que arrojaba, como si hubiera sido una bestia que degollaran.

¡Pobre filántropo dislocado de su centro, y á quien yo mismo llamé loco porque trataba de alcanzar una utopía irrealizable: unir á los que se aborrecían con alma y vida!

¡Quién había de haber dicho á aquel sacerdote, que había de ver su muerte el chiquillo delante de quien solía lanzar sus fogosas prédicas! Como él, moría (y quizás haya sido su símbolo) aquel liberalismo sencillo, cándido, bien intencionado, sin apego á la práctica; pero honrado y justo, que había sido la aspiración de nuestros padres.

Introduce el cadáver á un zaguán, dí media onza al portero que lo metió en su cuartucho, para que le comprara unos cirios que le alumbraran en su tránsito, y me marché por no poder cumplir mi comisión: el Hospicio, la Acordada, San Juan de Dios y la Santa Veracruz, estaban en poder de los reaccionarios.

Tornaba al centro al paso de la bestia, y casi habituado á aquel espectáculo horrendo, cuando me encontré al general Rangel, que iba con cuatrocientos hombres y una pieza chica á auxiliar los puntos que habían sido ocupados por la fuerza de las armas y por otras fuerzas todavía más temibles: la del dinero y la de la traición.

Todavía anduvo Comonfort por la tarde recorriendo las fortificaciones y exponiéndose á las balas que caían á su derredor en la calle Nueva; todavía presencié cuando el general don José Justo Alvarez levantó una trinchera con saquillos en la esquina del puente de San Francisco.

Ya obscurecía, cuando el general me ordenó fuera á ver qué pasaba en San Francisco. Apenas estaba allí Trías con cuatro ayudantes, dispuesto, dijo, á constituirse prisionero de los conservadores.

— No le harán prisionero, mi general, exclamó al punto el coronel Sánchez; le asesinarán á usted. Vámonos; no sea temerario.

Y cogido del brazo de Sánchez y seguido de sus ayudantes, salió Trías por la horadación de la calle Nueva.